

A luz de una puesta en escena de la tragedia de Macbeth y de la ópera de Verdi, que por estos días presenta el Teatro Colón de Bogotá, publicamos este análisis, en perspectiva con la realidad colombiana, sobre la naturaleza humana, inspirado en Macbeth, uno de los célebres personajes que encumbraron el estilo del dramaturgo inglés de todos los tiempos, más conocido como El Bardo de Avon.

Macbeth

no es solo el de Shakespeare



«La vida... es una historia contada por un idiota, llena de ruido y furia, que nada significa».

Macbeth

Por **Mario Williams***

Shakespeare narra que Macbeth y Banquo, generales del rey Duncan, después de una campaña militar triunfante, encuentran unas arúspices, que como oráculos bienhadados, anuncian para Macbeth que obtendrá un título nobiliario y, además, que será rey de Escocia. Banquo, entonces, les pregunta: ¿y con él qué va a pasar?

Esos Macbeths que se roban la comida de unos niños desnutridos (...) viven también en quienes prestan un servicio público incompetente y costoso”.



La velada operática fue dirigida por el italiano Pietro Rizzo; y la dirección escénica, por el español Ignacio García.

Las adivinas le responden que su descendencia será de reyes, pero que él no será rey. Estas premoniciones, que obnubilan a Macbeth, no lo hacen detener a cuestionarse cómo llegaría a ser rey. Su rey ya tenía a Macduff y Malcolm, sus herederos. Simplemente lo toma como una verdad inalterable de su destino. Sin embargo, Banquo duda de esos presagios y lo expresa así: «Mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad, y nos

trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes».

Macbeth escribe a su mujer, Lady Macbeth, sobre el futuro que les espera, y el camino de la destrucción de sus vidas se abre inexorablemente, para dar paso a la construcción de su propio y personal infierno de traición, sangre y muerte. No bien llegaban estos generales ante su rey con las buenas nuevas de su batalla triunfal, y ya Macbeth había recibido su título nobiliario, con lo cual los anuncios de sus adivinas cobraban pleno valor y credibilidad. Su reinado, en consecuencia, estaría próximo a ser una realidad natural de su ascendente y fulgurante carrera. Pero cuando el rey Duncan designa a Malcolm como su Príncipe de Cumberland. Tal título era otorgado tradicionalmente al heredero de la corona de Escocia. Tras lo cual Macbeth empieza a buscar el camino de su profetizado reinado, animado y estimulado por Lady Macbeth, quien, conocedora del carácter de su marido y de su lealtad a su rey, le dice: «...mas temo tu carácter: está muy empapado de leche de bondad para tomar los atajos». Y Macbeth responde:

«Me atrevo a todo lo que sea digno de un hombre. Quien se atreve a más, no lo es».

Hasta este punto de la terrible y trágica historia, Macbeth conservaba su cordura. Después, el plan de convertirse en parricida sigue su curso y con él da cabal rumbo, y el infeliz desenfreno de su desbordada y mortal ambición lo destruyen: asesina a su rey.

En la sala del teatro Colón, con su pasada centuria a cuestas, se percibe una atmósfera de tensión y un público expectante, absorto en el desarrollo de la trama, captura las angustias de los personajes que transfieren a estos sus angustias y desatinos; todo lo cual engalanado con el ambiente medieval que está ante sus ojos en un escenario espléndido, pues la representación del castillo de los Macbeth, unido al vestuario de los actores, integran una unidad que le da a la puesta en escena una certeza de que ocurre lo que expresan sus protagonistas. Dada la lúcida idea del director del teatro Colón, Manuel José Álvarez, de presentar alternadamente la ópera de Verdi sobre Macbeth y la tragedia de Macbeth de Shakespeare, audacia que ocurre por primera vez en el mundo, esas voces del *bel canto* han quedado impresas en la sala.

Qué duda cabe, pero es el camino de la ambición a ultranza el que han decidido recorrer Macbeth y Lady Macbeth. El ambicioso es desleal, traicionero, deshonesto, ruín, miserable en su más

FOMENTO A LAS ARTES

Catalogado por la BBC de Londres como uno de los teatros más sorprendentes del mundo por su imponente arquitectura, el Teatro Colón de Bogotá busca convertirse, además, en el principal centro de producción de las artes representativas y musicales del país. En esta nueva etapa se instituye además como la casa natural de la Orquesta Sinfónica Nacional de Colombia.

Como único teatro de carácter nacional, sus objetivos son fomentar la creación, circulación y formación de los diversos lenguajes artísticos a través de espectáculos de excelente calidad para todo tipo de público.

En el teatro, bajo la dirección del colombiano Manuel José Álvarez Gaviria, se acaba de presentar, alternadamente la tragedia 'Macbeth' y la Ópera de Verdi, dentro del marco de los 400 años del fallecimiento de William Shakespeare. Conmemoración que el teatro hace conjuntamente con el aniversario también de los 400 años de la muerte del español Miguel de Cervantes Saavedra.

Estos montajes hacen parte del tributo que ofrecen en Colombia el Ministerio de Cultura, la Biblioteca Nacional y el Instituto Caro y Cuervo. En la puesta en escena participan voces de repercusión mundial como

Dimitra Theodossiou (Grecia), Vladimir Stoyanov (Bulgaria), Sergio Escobar (España) y Valeriano Lanchas (Colombia). Los acompaña un coro de 70 personas, 17 músicos y un grupo de baile de 13 artistas nacionales, entre ellos 4 acróbatas. La dirección musical es del italiano Pietro Rizzo, y la dirección escénica, del español Ignacio García, quien recientemente ganó el premio a Mejor Director de la Asociación de Directores de España. También participan la Orquesta Sinfónica Nacional de Colombia, el coro de la Ópera de Colombia y el Grupo de Vientos de la Orquesta Sinfónica de la Policía Nacional.

El montaje de 'Macbeth' es en coproducción con la Compañía Estable, adaptación de Joe Broderick, bajo la dirección de Pedro Salazar. Dentro del elenco colombiano se destacan Marcela Benjumea, Christian Ballesteros, Diego León Hoyos, Andrés Estrada y Ernesto Benjumea, entre otros.

Nuestra nación, que ha sido azotada por una constante violencia macbethiana, que nos lleva a recrearnos en la violencia de los años 50, con sus muy tristemente variadas formas de asesinatos: el corte de franela, el corte de corbata, bocachico y no sé cuantas vesanias más”.

nítida esencia, para lograr sus mezquinos propósitos se erige sobre su más baja condición, extrayendo de su ser lo más retorcido y corrupto de su alma. El ambicioso miente y engaña, y al traicionar, sus actos dan paso a sus más bajas pasiones desnudando la podredumbre de su existencia.

Los Macbeth no son solo los de Shakespeare, estos existen, han existido y existirán por siempre. Esos Macbeths de la corrupción, esos desalmados que se roban la comida de unos niños desnutridos, que saquean los presupuestos y el erario y luego posan y se pavonean con la ostentación de sus fortunas

La obra teatral 'Macbeth' es una coproducción con la Compañía Estable, con adaptación de Joe Broderick, bajo la dirección de Pedro Salazar.



mal habidas, como Macbeth por su castillo después de que la locura lo perdiera para siempre. Esos Macbeths de falsos positivos, de falsos testigos, de sobrecostos en obras públicas, de licencias ambientales ilegales, de políticos traficantes de votos y acumuladores de privilegios.

Macbeth no murió por la espada de Macduff, Macbeth está vivo: vive en cada ser despreciable que ha saqueado al erario de su nación. Vive en ese ser siniestro que se cree la estulticia de que él es el único que puede salvar su país. Vive en cada miserable que roba a viudas y después se apoltrona en las cómodas y confortables sillas de una magistratura. Vive en las entrañas del magistrado prevaricador que vende sus fallos por el vil metal. Vive en quienes prestan un servicio público incompetente y costoso. Vive en los cínicos que anuncian por los medios estafas descomunales. Vive en ese ser despreciable que traiciona a sus amigos. Vive en esos asesinos descuartizadores de seres humanos. Vive en los traficantes y extorsionistas de la fe que van tras el dinero de sus feligreses. Vive en los lunáticos codiciosos del poder. Vive en los terroristas que asesinan en nombre de su Dios.

Macbeth, al llegar al poder deja un cadáver, el del rey Duncan. Pero para sostenerse, lo hace sobre una alfombra o reguero de cadáveres. En esos que dejan ese reguero de cadáveres para consolidar su poder, allí vive Macbeth. Él sigue presente como guía siniestra de sus seguidores. Esos, que como a Lady Macbeth, no podrán jamás borrarse la sangre de sus manos.

Macbeth, que sabe lo que ha hecho, dice: «Estoy tan metido en un lago de sangre que, si no fuera a seguir avanzando, más penoso aún sería regresar». El camino hacia el infierno que Macbeth y Lady Macbeth construyen no tiene retorno, es de una sola vía, sin regreso posible, y ese es el precio que se paga cuando la ceguera de la ambición destruye los valores y principios de una vida digna, noble, decente y respetuosa de los derechos de los otros.

Nuestra nación, que ha sido azotada por una constante violencia macbethiana, que nos lleva a recrearnos en la violencia de los años 50, con sus muy tristemente célebres 'especialidades' de variadas formas de asesinatos: el corte de franela, el corte de corbata, bocachico y no sé cuántas vesanias más, que jamás pensamos podíamos superar, las conocidas masacres de los

paramilitares, los de ayer y los de hoy, que en fin de cuentas son los mismos, hoy, hoy tenemos las siniestras 'casas de pique' de Buenaventura. Esa violencia macbethiana de esta sociedad, cuando ya la creíamos superada aparece una forma peor de crueldad y maldad. Tal vez nuestro inconsciente colectivo reclama la expresión notable de la obra:

«Dicen que sangre llama sangre».

No obstante lo dramático de Macbeth –que nos lacera tanto, porque, en fin de cuentas, es como mirarnos en un espejo en el cual se nos reflejan nuestras miserias–, el teatro nos brinda una reflexión que, para la coyuntura actual del país, bien vale la pena pensar: ya no más sangre. Pero en el contexto de una justicia firme y seria que castigue a quienes debe castigar. El propio Macbeth lo expresa:

«La ecuánime justicia ofrece a nuestros labios el veneno de nuestro propio cáliz». {L}

**D.E.A. en Derecho de Medio Ambiente, Universidad de Alicante - España. Miembro Senior de la Federación Interamericana de Abogados, con sede en Washington, D.C.*